



EL BLASON,

PERIÓDICO

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA.

LA NOBLEZA.

La Nobleza de España no ha retrocedido nunca ante ningún peligro, ni ha rechazado jamás toda reforma que pudiera mejorar el bienestar y la preponderancia de su país.

Hay algunos que aparentan no creer esta verdad y hasta la niegan y combaten, unas veces con sofismas y otras con insultos, únicas razones que halla todo el que se propone defender una causa mala y desesperada.

La Nobleza española ha afrontado siempre todo peligro que haya amenazado á su nación, ha ayudado á desenvolver toda idea útil, y ha sido la clase que mas ha sufrido en las revueltas de los tiempos y en las épocas desastrosas. ¿Cuándo la aristocracia se ha opuesto á una reforma necesaria, á un adelanto, ó al desarrollo de una idea útil? ¿Cuándo le ha puesto la mas

leve valla al siglo XIX? Nunca, y sin embargo de eso se han minorado sus preeminencias, se han rebajado sus títulos y se la ha dado un golpe que seria mortal, si no se le aplicase un pronto remedio á la herida que aun tiene abierta. Esto es injustísimo y esta injusticia la comprende todo el que rinda á la verdad el culto que se merece. A vosotros los que quereis que concluya esta noble aristocracia, os preguntamos ahora, ¿mañana si dejase de existir y todos sus bienes pasasen á una nueva aristocracia de dinero, estaríais mas contentos y seríais mas felices? Cuando los ricos y los propietarios fuesen los que hoy alteran el precio del pan que comeis, los que os venden el dinero á un ciento por ciento de su valor y los que compraron ayer á 20 para vendérselo hoy á 50, estaríais mejor y mas satisfechos? Cuando esos hombres fuesen los dueños de las casas que

habitaís, de los campos donde nacen y vegetan los primeros artículos necesarios á vuestra existencia, y los que pusieran precio al trabajo del pobre, qué sería de vosotros, del infeliz pueblo y de la nacion española? ¿Qué contestáis á esto? Solo podeis decir que otra revolucion acabaria con esa gente, y la despojaría de lo que bien ó mal adquirido le pertenecía. ¿Y creéis acaso que esos hombres iban á dejarse arrebatar lo que ya poseían, de la misma manera que la aristocracia ha dejado que menoscaben sus derechos? Un avaro guarda y defiende su oro de otra manera que un noble español: Pero podeis añadir, que no obstante eso, acabaríais con ellos. Y bien; ¿qué ibais hacer despues? Envolverlos en una anarquía espantosa y convertir á vuestra nacion en una ruina perpétua.

Tal es el cuadro que presentaria nuestro pais el dia en que la nobleza fuese tan pobre como el pueblo. Cuadro que no debe llegar á verse, si como nadie duda, sigue siendo España la noble nacion de siempre.

Se comprenderia perfectamente el odio á una clase egoísta, atrasada y que pudiera servir de obstáculo al mejoramiento del pueblo ó de la sociedad en general. Pero, ¿dónde está esa clase? Hay sí, algunos hombres tan egoístas y ambiciosos que oponen una valla al mejoramiento de la raza humana y al bienestar de su pais. ¿Pertenecen acaso esos hombres á la Nobleza española? No. El odio á esa clase de gentes seria justísimo, toda traba que le pusieran á sus agios seria acertada y no produciria mal alguno; y sin embargo trafican, ganan, se hacen ricos y se les tolera y se les deja, y para ellos no hay nada que decir, mientras que á una Nobleza que lleva escritas en sus blasones toda una reconquista, toda una larga série de afanes, de hechos gloriosos y vicisitudes, se le coartan sus derechos, se le minoran sus preeminencias y se le menoscaban sus intereses. A una Nobleza que es la primera en proclamar la independencía de su patria, la primera que se lanza el 55 á la palestra y vierte su sangre, y espone su existencia. ¡Y aun hay quien hable mal de esa aristocracia! ¡Y esto pasa en España!

Tuvo un delirio Jovellanos, como lo tuvo Homero y como lo han tenido todos los hombres grandes, y bastó eso para dar al traste con derechos legalmente adquiridos, con vinculaciones y hasta con una clase la mas respetable y la mas digna de consideracion.

Destruirla y veremos donde encontráis Lirias, Benaventes y Frias que se arruinen por dar brillo á su nacion. Entonces veremos donde están los que sirven á su patria sin gravarla en nada.

¿Por qué habeis conseguido minorar y hasta destruir?

Porque no se os ha opuesto resistencia alguna.

¿Y qué prueba eso?

La bondad de la clase. Suponer otra cosa es negar la verdad, es demostrar la mas crasa ignorancia, es incurrir en el mas torpe error.

Cuando se haya concluido de publicar la *Memoria* de los señores Duque de Rivas y Gonzalez Serrano, presentará al pais EL BLASON la cuestion de mayorazgos tal como él la comprende, como la acepta la Nobleza en general, como conviene á sus intereses y acaso como deba resolverse, para lo cual tendremos en cuenta todo lo que ha dicho Jovellanos, los demas estadistas que se han ocupado de ella y mas que todo el siglo XIX y el estado de nuestra moderna sociedad.

Sabemos que esta cuestion va á promover un largo debate, pero no lo tememos, lo deseamos, harto tiempo se ha callado, harto tiempo se ha dejado que griten, que fulminen y hasta que obren.

Desde ese dia, incansables siempre abogaremos por derechos justos. Derechos imprescindibles y que hay necesariamente que conceder.

No nos entretendremos únicamente en debatir, esto seria muy poco, elevaremos nuestra voz hasta el gobierno de S. M., porque allí es donde debe estar la justicia y allí iremos á buscarla.

A continuacion empezamos á insertar la segunda parte de la magnífica Memoria escrita por los señores Duque de Rivas y Gonzalez Serrano. Concluida la publicacion de esta, la comentaremos, tal como anunciamos en el primer número de nuestro periódico; esto es, sujetándonos en su esencia al pensamiento que manifiestan sus autores.

Conformes en el todo de lo que han dicho, cumple á nosotros esplanar mas la cuestion, de jándola, si es posible, en el mismo sitio donde la han alzado el Sr. Duque de Rivas y D. José Gonzalez Serrano, puesto que no nos será posible elevarla mas.

DOCUMENTO JURIDICO.

Segunda parte de la Memoria publicada en los números anteriores.

MAYORAZGOS.

IV.

No hay para qué ocultar que esta institucion ha tenido por enemigos á muchos de los mejores escritores de fines del siglo pasado, y á casi todos los economistas modernos. Los autores de esta memoria no son tampoco partidarios de la vinculacion de la riqueza, como esta amortizacion no tenga fines mas altos, y se proponga sostener instituciones que sin ella no podrian subsistir. La famosa ley recopilada del Sr. D. Carlos III es un modelo, y ella debe servir de guia, con las variaciones que sean prudentes, al redactar la nueva ley de mayorazgos.

Pero no se crea que, al paso de reconocer los no pocos perjuicios que trae amayorazar los bienes, podemos nunca conformarnos con las exageradas descripciones que por muchos autores se han hecho, mas que para ilustrar, con el único fin de zaherir á la Nobleza. Crean-

do pocos, muy pocos mayorazgos, la mayor parte de las objeciones se convertirán en argumentos favorables, como procuraremos demostrarlo.

Por el pronto nos bastará decir, que si ha de haber Constitucion política, en que haya de entrar como uno de sus principales elementos la Cámara hereditaria, los individuos privilegiados que gocen de tan alto honor, deberán tener forzosamente bienes de fortuna con que sostener su rango. Si la primera cualidad de los Senadores hereditarios debe ser la independencia, escusado es decir que su bienestar y fortuna no ha de provenir de concesiones que hiciere el poder. Ha de fundarse en patrimonio propio, y este patrimonio no puede conservarse como no sea perpétuo, así como lo es la institucion para que sirve. Constituir una Cámara hereditaria con la legislacion actual sobre desvinculacion, sería hacer befa y escarnio del código político que al efecto se promulgara. No se han conocido en ninguna parte Senadores con privilegio, sin que este privilegio se haya fundado principalmente en la alta posicion y riqueza de los favorecidos. Dado el precedente, y concediendo que es útil, oportuno y tal vez necesario que haya legisladores por derecho propio, la consecuencia es publicar una ley por la que todo individuo que entre en el Senado por derecho hereditario, lleve con esplendor y represente los grandes merecimientos de sus antepasados.

La Diputacion de la Grandeza supo espresar estos mismos pensamientos con razones de gran peso en la esposicion que dirigió á S. M. en 23 de octubre de 1851. Enojoso sería reproducir aqui aquellas reflexiones, que no se han impugnado, á pesar de haber visto la luz pública aquel importante documento. Hoy la situacion de los apologistas de aquella doctrina es mucho mas ventajosa, porque concedida la utilidad de la Cámara hereditaria, los mayores enemigos de la amortizacion civil tienen que reconocer forzosamente la necesidad de la creacion de vínculos, fideicomisos, feudos, ó cualquiera otro género de institucion que llene el objeto. Habrá divergencia sobre el modo de instituir y

fundar éstos patrimonios; pero admitido el principio, lo demás es cuestion de detalles. Por nuestra parte tenemos siempre gran inclinacion á las antiguas instituciones, con las reformas que exigen los adelantamientos de la época y los buenos principios que se invocan contra la misma fundacion de los mayorazgos.

Antes de redactar el proyecto de ley que llene estos fines, permitido nos será, aunque sea ligeramente, presentar algunas consideraciones para defender los mayorazgos, no como institucion aislada, sino como complemento de un sistema. Ya se ha hecho ver, que si se crea la senaduría hereditaria, inherente á ella ha de ir la amortizacion civil. Ahora demostraremos tambien que esa amortizacion es indispensable á no borrar las dignidades de Duque, Conde, Marqués y Baron.

Nada hay mas impopular ni digno de crítica que un alto personage descendiendo á las ocupaciones propias de las clases ínfimas de la sociedad. A este extremo vendrian á parar las grandes categorías sociales si no se pusiera remedio á la actual legislacion, que vincula los títulos y quiere sean perpétuos, para arrastrarlos por el lodo á las dos ó tres generaciones. Hubiera sido mas lógico suprimirlos para llevar adelante esa absurda doctrina de la igualdad, no ante la ley, que es el dogma santo, sino de clases y personas, que tanto halagaba á los filósofos del siglo pasado. Nunca la virtud podrá hermanarse con el vicio. Nunca el sabio tendrá contacto con el ignorante. Nunca el pobre, por digno de consideracion que sea, podrá alternar ni recibir la educacion que el hombre de fortuna. Aquel era el socialismo disfrazado, que en el siglo actual se ha quitado la careta, y ha descubierto su inmoralidad.

Ahora que las distinciones legítimas son apetecidas por todos, ya que las ideas se han rectificado en este punto, es preciso que los detractores de mayorazgos convengan en que, sentando las premisas de la existencia de los títulos, hay necesidad de dotarlos de alguna manera, y con mas fundamento, si esas dignidades han de entrar en el alto Cuerpo, en cuyo caso ya está planteada la cuestion, ó por mejor

decir ya está resuelta, porque una necesidad social es superior á todos los inconvenientes. En la teoría de los Gobiernos, el monárquico ocupa un lugar muy privilegiado, y tiene infinitos partidarios. Aunque tuviera muchos inconvenientes y costara grandes sacrificios, habria que pasar por ellos para obtener ventajas mayores. Se amputa una parte del cuerpo para salvar la existencia. Se crea la amortizacion civil para hacer una Constitucion perfecta. Hé aquí ya la apología de los vínculos, con los límites y prescripciones que luego señalaremos.

Diariamente se repite que los mayorazgos son un cadáver que nadie puede volver á la vida. Los mismos vinculistas asistieron á su funeral, y con gran gozo les arrojaron á la huesa. Aprovechándose de la regalía que la ley les concedió, dividieron los vínculos, y dispusieron de la mitad de los bienes. Ninguno, ó muy pocos, utilizaron los medios que la legislacion les daba para dejar al sucesor una gran parte de los mismos bienes. La observacion es un argumento *ad hominem*, y no desconocemos que puede dirigirse á los que tuvieran aquellas opiniones y obraran de aquella manera.

Pero, ¡cosa singular! No los favorecidos sino los perjudicados, los que han entrado en posesion de la mitad de aquellos bienes, los que tambien pueden disponer de esta riqueza, piden los vínculos, y quieren renunciar al beneficio de la ley de 11 de octubre de 1820. Hoy no hay Grande de España ni Título de Castilla que no desee amayorazgar, si exceptuamos pocas personas, que pueden y deben quedar en plena libertad de obrar como se les antoje. Popular es esta opinion entre la Nobleza; y cuando se acude á observaciones de esta índole, vale mas el sacrificio de los actuales poseedores de Títulos, que el proceder de sus antepasados, que podian estar inficionados con las ideas exajeradas del año de 1820, respetables sin duda, pero que hoy se profesan por muy reducido número. Si todos los argumentos de los enemigos de la Nobleza son de esta especie, es muy probable que hagan pocos prosélitos, porque la Diputacion de la Grandeza,

que sabe cómo piensan los individuos de su clase y los Títulos de Castilla, asegura y afirma que los mayorazgos son el áncora que les queda para conservar sus casas y el nombre de sus primogenitores.

Han disputado mucho los jurisconsultos é historiadores sobre el origen de los mayorazgos, suponiendo unos que ya se conocían por la ley judáica, trayéndolos otros de los fideicomisos romanos, confundiéndolos algunos con las mejoras, y enclavándolos no pocos en los feudos. Todas estas disputas son estériles para la cuestión del día. La verdad es que, procedan de donde quisiera, nadie puede negar que nuestros ricos-homes, desde el principio de la reconquista, tenían algún derecho de primogenitura. Solo así se explica cómo heredaban los castillos y fortalezas, cómo el hijo mayor sucedía en los títulos y condecoraciones del padre. Decir que los mayorazgos se crearon cabalmente cuando, abandonando la alta Nobleza sus castillos y fortalezas, cambiaban las pesadas armaduras por las galas, sedas y brocados de la corte, es separarse completamente de la historia. Si los mayorazgos, según los impugnadores, se conocían ya en el siglo XIII, mucho faltaba todavía que batallar en aquel tiempo, mucho hubo que hacer en los siglos posteriores para lanzar á la morisma. Aun antes ya se conocía ese orden de suceder, siquiera no se llamaran mayorazgos y si feudos. Fué una transición, fué una reforma la que se hizo, pero no variando la base, sino el modo de la institución.

Los Grandes no dejaron sus castillos; se les obligó á que los abandonaran. Los Monarcas, que no tenían ya enemigos naturales, trataron de reprimir justa ó injustamente á la Nobleza, y para ello agotaron todos los recursos. La historia de los Reyes Católicos y la vida de Cisneros están llenas de episodios de este género; y en mas de un archivo existen comprobantes de haberse cerrado á los Grandes hasta los Tribunales de justicia. Entonces, y solo entonces, se avecindaron los nobles en la corte y decayó su preponderancia, porque el despotismo de la casa de Austria todo lo allanó. Muchos mayorazgos se fundaron en aquel tiempo, y no

pocos en el siglo pasado. He aquí el abuso, y he aquí la amortización censurable, que se apoderó hasta del patrimonio de los plebeyos. Las parodias nunca serán la realidad. La bondad y malicia de la institución y subsistencia de la Nobleza, ha de explicarse por otras consideraciones de mas peso. Dése el título que se quiera al derecho de heredar que en los primeros tiempos tuvieron los ricos-homes, nosotros siempre le daremos el carácter de perpetuidad, porque sin él no hubiera existido la Nobleza, y creemos que no se hubiera llevado á cabo la reconquista. La historia de los nobles en los siglos XVII y XVIII estará llena de lunares. ¿Cómo se encuentra la de la nación? No nos toca á nosotros describirla, pero sí decir que los males y desgracias de este hermoso país tenían mas hondas raíces que las del abatimiento de la Nobleza.

En todas las resoluciones conviene muy mucho tener á la vista los antecedentes. Por eso no rechazamos nosotros los hechos históricos, y en la historia de la nobleza nos fundamos para sostener que no es posible su existencia sin que tenga bienes de fortuna. Los partidarios de la igualdad absoluta están en su lugar impugnando, no solo la creación de los vínculos, sino la institución y conservación de los títulos. Las ideas republicanas son lógicas y consecuentes en esta materia. Pero admitir los privilegios, permitir y conceder las prerogativas de Duque, Conde y Marqués, y negar lo que ha de formar su esencia, lo que ha de sostener su prestigio, es idea que no entra en nuestra mente. Los legisladores de 1820 hubieran querido acabar con la Nobleza de una plumada. No se atrevieron, y buscaron un recurso para vilipendiarla. Dejaron subsistentes los títulos, en la firme persuasión de que á muy poco tiempo andarían tirados por el suelo. Así ha de suceder si no se provee de remedio. ¿Hay ó no hay nobleza? Si lo primero, vínculos y vínculos. Si lo segundo, una ley, en que nadie tenga mas condecoración ni prerogativa que su nombre bautismal. Aunque no se reformara la ley del Estado, es necesario é indispensable variar el decreto de 11 de octubre de 1820, ya ampliando sus precep-

tos con un solo artículo: «Quedan suprimidos todos los títulos de Duque, Conde, Marqués;» ya restableciendo los mayorazgos, si no en su forma antigua, con la que dicta el buen sentido y las necesidades de la época. En este dilema no pueden menos de estar conformes apologistas é impugnadores.

¿Y para qué sirve hacer la autopsia de las casas de la Nobleza? Nadie niega que en muchos casos el favoritismo, la baja adulacion y otras malas pasiones habrán dado lugar al encumbramiento de familias. ¿Pero puede hacerse este análisis? ¿Será justo acudir á las crónicas y registrar las historias para distribuir hoy los títulos de la Nobleza? Esto sería lo mismo que negar el gran poder de la legítima y antigua posesion. Esto sería desconocer el derecho de propiedad. Sépase que si hoy han desaparecido nombres muy ilustres, estos nombres están refundidos en esas casas, y esos títulos antiguos forman el orgullo de los que, adquiriendo nuevas dignidades en siglos posteriores, no han renunciado á sus primeros apellidos. En muchas casas la principal riqueza proviene de fechas remotas, de los siglos XIV y XV, y tal vez tengan mayor antigüedad, aquella en que no eran comunes los títulos de dominio, en que apenas se escribía. No habría mayorazgos en la monarquía goda antes de la reconquista, pero sí había grandes propietarios, y en algo perpétuo se fundaría esa riqueza. Los godos, como todos los pueblos bárbaros, trajeron sus distinciones de clases y personas; y de sus costumbres nacieron los feudos, que eran mucho peor que los mayorazgos. No es á la palabra, si no á la esencia de las cosas á lo que debe atenderse para resolver las cuestiones históricas. La igualdad entre los hijos se ha conocido en muy pocos casos en España. Hoy, con tanta libertad y con tantas leyes, y con tantos derechos, son los hijos en muchas provincias de la Península esclavos de la voluntad del padre en cuanto al repartimiento de la herencia. Hoy, en donde rige la legislación comun, se conocen las mejoras de tercio y quinto, que tienen muchos apologistas. Si no había un orden rigoroso, indeclinable de suceder para los nobles de la

monarquía goda, las dignidades pasaban á manera de mayorazgo, é indispensablemente con ellas iban bienes y propiedades. Aquellas eran indivisibles, y uno solo había de disfrutarlas. ¿Se dividían los bienes y los vasallos? Nadie podrá demostrar semejante proposicion.

Con sutileza suma se discurre por varios autores sobre si los mayorazgos perpetúan ó no los nombres ilustres. Esta cuestion debe relegarse al olvido en el estudio del hombre político. Ciertamente es que por una serie de sucesiones se pierden los apellidos, porque, sucediendo hembras, no son ellas las que transmiten sus nombres en primer término; y de aquí dimana que muchos apellidos ilustres no sueñan hoy entre los que habitualmente usa la nobleza. ¿Pero ha desaparecido la familia del héroe? Los títulos que se le concedieron y ganó, se perpetúan con los mayorazgos? Parece imposible que esto se ponga en duda. ¿Hay ó no hay representante y descendiente del Gran Duque de Cádiz D. Rodrigo Ponce de Leon? ¿Existen ó no existen descendientes del Gran Capitan? ¿Pueden ó no vanagloriarse algunas casas con la ascendencia de Hernán Cortés, Colón y Pizarro? Esto es indudable, y también lo es, que si hubiesen desaparecido los mayorazgos, nadie podía explicar cuál era la familia de Guzmán el Bueno, y las de otros muchos héroes. Al leer semejantes argumentos, se cree por el momento que lo que se ataca no son las vinculaciones, sino el orden regular de suceder. En efecto, para que la sucesion fuera mas directa, aunque no es la mas cierta, debiera establecerse la rigorosa agnacion, como les gustaba á los primeros fundadores de mayorazgos. La injusta exclusion de las hembras no puede defenderse por nadie. Los mayorazgos, de existir, deben ser regulares, y modelarse por la ley que rige en la sucesion á la corona.

(Se continuará.)

SECCION DE HISTORIA.

La historia es ese espectáculo de las cosas humanas á que nos es permitido asistir mentalmente, ora con admiracion aplaudiendo, ora temblando horrorizados, á medida que se presentan en escena la virtud ó el vicio, la civilizacion ó la barbarie, pero siempre sacando algun fruto para nuestro adelantamiento.

LAMARTINE.

I.

He aquí una de las razones que nos decidieron desde el principio á dedicar á la historia una seccion de nuestro periódico. No es posible entregarse á su estudio sin que se obtenga algun fruto para nuestro adelantamiento, porque la historia es el gran libro donde deben aprender los reyes y los pueblos, con el fin de que las lecciones de lo pasado les enseñen las reglas y principios que deben normar su conducta presente. El hombre ha sido y será siempre lo que es en la actualidad, porque siempre estará dotado de los mismos instintos, agitado por las mismas pasiones, movido por idénticos impulsos. Iguales causas que le arrastran hoy, le arrastraron en la antigüedad, ya á emprender heroicas acciones que admiramos con noble emulacion, ya á cometer odiosos crímenes de los que apartamos con horror nuestras miradas. El ser racional y libre se mueve en una esfera de actividad en la que pone en juego á su arbitrio sus facultades todas, los recursos de su genio, las fuerzas de su imaginacion, su inteligencia y su poder, ora dirigiéndolos al bien, ora por una aberracion del entendimiento encaminándolos al mal hasta caer en una profunda y lamentable decepcion. Mas aunque á las veces le vemos sumirse en un abismo insondable del que parece no es posible sacarle, aun cuando le veamos dar una caida de la que no debiera levantarse nunca, sin embargo la desgracia le enseña, el infortunio le purifica y los males que le afligen y constituyen su miserable estado son el resorte poder-

roso que le hace elevarse á mayor altura que antes. La antigüedad dió por atributo á la fortuna una rueda, el círculo simbolizó la eternidad, si hubiera querido filosofando sobre el hombre, alegorizar la marcha de la especie, lo habria espresado por una espiral, en la que á cada vuelta se agranda y ensancha la curva que describe, caminando por ella hácia su perfeccionamiento lento, progresivo y gradual, pero constante y no interrumpido.

Mas aun cuando el hombre sea un agente libre, aun cuando no haya cosa alguna capaz de doblegar su voluntad ni sujetar su fantasia, sin embargo, como quiera que forma parte de un todo armónico, no puede menos de hallarse regido por leyes sabias é inmutables impresas en su corazon desde el principio de los tiempos, desde el primer instante de la creacion, desde que el labio del Todopoderoso pronunció el *fiat* sacándole de la nada por su omnipotente voluntad. Una de esas leyes imprescriptibles, imperecederas y eternas es la ley de las desigualdades sociales, y la historia nos ofrece una série de ejemplos no interrumpida de su existencia en todos los tiempos, en todos los paises, en todas las situaciones por las que al través de los siglos viene marchando el hombre, hasta el punto en que hoy le vemos. Sér contingente y falible puede algunas veces, obedeciendo y exajerando los impulsos que le imprime esa ley, llegar hasta la monstruosa division de castas, como sucede en la India: agente libre no está exento tampoco de caer en el extremo contrario, pretendiendo con temerario empeño igualar todos los individuos de la especie, pero apesar de todo, y en medio de tan encontrados impulsos, el principio de la desigualdad social permanece siempre el mismo, ejerciendo su influjo, y enseñándole con las lecciones de la desgracia los errores en que incurre.

La violacion de la ley natural lleva en pos de sí el castigo de la falta. Luis XIV pronunciando aquellas terribles palabras, *el estado soy yo*, erigió un altar al despotismo, mató la aristocracia, sin dejar en el cuerpo político de la nacion otra cosa que un monarca y veinte millones de esclavos, pero engendró la revolucion

del 89. Robespierre al querer tender el nivel revolucionario sobre la Francia, sembró por medio de sus verdugos la semilla que mas tarde produjo la tiranía militar del Capitán del siglo. Ambos yerros trajeron infinitos males á su pueblo; uno y otro influyeron de una manera funesta sobre la existencia del pais; pero la ley natural hija de Dios, mas fuerte que las miserables concepciones del hombre, triunfó al fin y triunfará siempre que se provoque la lucha, siempre que se emprenda el combate. Ir contra las leyes de la naturaleza es reproducir la fábula de los Titanes, y ni ellos pudieron escalar el cielo, ni nosotros podremos apesar de nuestro poder y nuestro orgullo borrar las diferencias y distinciones sociales que han existido y existirán siempre. A ellas debe su origen la nobleza, en ellas se funda la vida del cuerpo aristocrático.

Si á la luz de la razon se examinan las tendencias de los modernos gefes de las escuelas que proclaman la igualdad política y social, veremos no son otras mas, que las de destruir las clases elevadas para brillar ellos en su puesto, instituyendo sus individualidades en la imaginacion del pueblo á los antiguos títulos, colocándose en lugar de los mismos, y aprovechando en beneficio propio los fueros y distinciones, derechos y preeminencias que disfrutaban. ¡Lamentable error! La nobleza de sangre tan injustamente perseguida no es ni ha sido nunca enemiga del pueblo como se ha pretendido, con el único objeto de hacerla odiosa: la nobleza de sangre comprendiendo su alta mision ha estrechado siempre sus filas para hacer lugar con orgullo á los hijos del pueblo que por sus talentos, sus servicios al pais en las armas ó las letras y por sus virtudes han merecido ocupar un puesto elevado entre sus conciudadanos. Citar pudiéramos ejemplos mil de esta verdad, y nuestra historia nos los ofrece en gran número. Pero cuando son las pasiones las que impulsan y mueven al combate, no se pelea ya con armas corteses sino que se emplean todas aquellas que conducen al objeto, aun cuando nunca debieran utilizarse, aun cuando su uso indique poca hidalguía y caballerosidad. Nunca

se verán en nuestras manos, nunca las emplearemos para obtener la victoria, porque no haríamos mas que mancillar la noble causa por que abogamos.

Es verdad que para demostrar su justicia tampoco las necesitamos, porque ya sea que discurramos razonando sobre el hombre, estudiando su naturaleza, sus costumbres, sus sentimientos y afecciones, ya que apelemos al terreno de los hechos prácticos evocando en nuestro apoyo las sombras de las generaciones pasadas, y alumbrando con la antorcha de la historia las páginas de su constitucion para sacar de allí profundas y sabias lecciones, siempre tendremos armas bastantes para probar no solo la necesidad de que exista el cuerpo aristocrático en toda sociedad política, sino lo que es aun mas, que *los fueros, derechos y preeminencias del uno, se hallan en razon directa del estado de civilizacion y de cultura de la otra.*

II.

Cumple ya el ocuparnos de los hechos históricos, y ninguno mas conducente por ahora para nuestro objeto, que el que nos ofrece el establecimiento de la monarquía visigoda.

El imperio romano tocaba á su occidente; la ciudad eterna veia huir despavoridas sus legiones ante los devastadores ejércitos semisalvajes de los pueblos del norte, y el mundo antiguo iba á regenerarse infiltrando en su sociedad afeminada y corrompida, la sangre pura y virgen de los que el dedo de Dios impulsaba para completar la revolucion que se inauguró sobre la cumbre del Gólgota á la sombra de un suplicio infame, símbolo desde entonces de la civilizacion y del progreso humano. La doctrina del Evangelio necesitaba para fructificar con éxito una sociedad nueva, y esa sociedad la deparaba la providencia en los habitantes de la Germania.

Tácito en una obra inmortal nos ha conservado el cuadro de sus costumbres, pintándonoslas con tan brillantes colores, que algunos críticos demasiado suspicaces é incrédulos han

pretendido hallar en el libro del autor latino, no un documento histórico, sino una elegante y bien escrita novela. Razones muy poderosas demuestran lo contrario.

Pueblos sencillos y guerreros, los habitantes de la Germania vivían en medio de los inmensos bosques de su patria sin establecimientos fijos, sin conocer el lujo y los goces de la civilización, dedicados exclusivamente á la caza ó la guerra, cuidados que reputaban dignos de sus ocupaciones. Por efecto de estas costumbres, todos los ciudadanos gozaban la igualdad de derechos, y desde el momento en que un joven daba públicamente pruebas de su pericia en el manejo de las armas, entraba á disfrutar los de ciudadanía pudiendo ya asistir á sus concilios ó juntas nacionales, en los que públicamente se discutían los negocios, decidiendo sobre ellos la mayoría de los concurrentes. En aquellas reuniones elegían sus monarcas, nombraban sus gefes y gobernadores y acordaban la paz ó la guerra. Era el pueblo que se hallaba constituido mas democráticamente entre los que nos ofrece la antigüedad, pues el poder real se hallaba limitado por los concilios, hasta el punto de no poderse decidir sin su concurso ningún asunto de alguna importancia. Pero apesar de ello no carecían de clase aristocrática, sino que por el contrario, convencidos de la necesidad de su existencia reputaban como noble á todo el que por su nacimiento, sus talentos, los servicios prestados al país ó sus riquezas le consideraban digno de tan eminente cualidad, siendo condición precisa para llegar al trono ó para adquirir el gobierno de alguna parte del territorio, que el candidato perteneciese á tan distinguida clase.

Bajo la conducta de sus monarcas y gefes militares abandonaron los sombríos bosques de la Germania, y después de mil vicisitudes y combates, una parte de ellos vinieron á establecer su residencia en el medio día de las Galias y en el norte de nuestra España, estendiéndose después por toda ella hasta formar la monarquía que vino á conocerse con el nombre de visigoda, y que concluyó en tiempo del célebre D. Rodrigo. Establecidos en España natu-

ralmente endulzaron la rusticidad de sus costumbres, civilizándose por la influencia del clima y las condiciones físicas del país, y mas aun por el trato y comunicación que vinieron á tener con el pueblo vencido, cuyo estado de cultura les daba además, apesar de su debilidad, la influencia que ejerce el hombre civilizado sobre el hombre salvaje.

Perdiendo su rudeza perdieron forzosamente una parte de sus derechos políticos. Comprendieron que repartidos en una gran extensión de territorio, diseminados en populosas ciudades, y organizados bajo el régimen de un monarca cuya potestad se representaba por medio de Duques y Condes; la imposibilidad de celebrar como antes sus asambleas nacionales convocando á todo el pueblo, y este que en todas épocas ha poseído ese instinto maravilloso que le hace someterse dócilmente, cuando no se le estravía, á toda medida que conceptúa de interés general, resignó sus antiguas franquicias en los nobles y los obispos, quedando facultados para que reunidos en juntas eligiesen los monarcas y estableciesen las leyes que les habían de regir. En esos concilios nacionales se formó el Fuero-juzgo, Código que si se examina bajo el prisma de la época en que se estableció, no puede menos de admirarse la sabiduría de sus leyes y disposiciones.

La historia nos muestra aquí una nación que á medida que avanza por el camino de la cultura, ensancha el círculo de las prerogativas y privilegios de su cuerpo aristocrático. ¿Y por qué? Porque con una sabiduría que les honra, comprendieron los antiguos godos españoles que el pueblo que vive diseminado en populosas ciudades, que una nación que sale de la infancia y se encuentra regida por un monarca gefe supremo del estado, cuyo poder es inmenso, tanto para el bien como para el mal, necesita de otro regulador que sirva de valla á sus agresiones, y esa barrera sino se quiere tropezar con el grave inconveniente que ofrecen los alzamientos populares, en los que la ignorancia da lugar á infinitos crímenes y desafueros, no puede ni debe ser otra cosa mas que la que naturalmente ofrecen los hombres

eminentes, las notabilidades de la nacion, los nobles.

A la sombra de sus privilegios y prerogativas la nobleza goda fué el Paladion de las libertades nacionales, y mas tarde, cuando el torrente devastador de los fanáticos sectarios de Mahoma vino amenazando destruir las nuevas nacionalidades, paseando el estandarte del Profeta por la asustada Europa; cuando los hijos del desierto atravesando el estrecho con el alfange en la mano quisieron sustituir el Koran á la doctrina evangélica, la nobleza recogiendo los dispersos restos del pueblo godo en las ásperas montañas de Asturias y alzando sobre sus escudos al invicto D. Pelayo, opuso un dique insuperable á sus conquistas, luchando heroicamente durante ocho siglos, hasta arrojar del pátrio suelo á los musulmanes bajo el glorioso reinado de la magnánima Isabel de Castilla, cuya escelsa nieta rige hoy los destinos de nuestra hermosa España.

¡Loor eterno al pueblo godo que respetando la nobleza supo rendir un justo tributo á sus merecimientos! ¡Loor tambien á los héroes cuyos aceros rescataron del yugo musulman la oprimida patria! Hechos brillantes que nunca olvidarán los pechos españoles apesar de las diatribas de algunos modernos publicistas. Blasones que ostentará siempre con orgullo la descendencia de aquellos grandes hombres.

PARTE OFICIAL.

Por Real orden de 21 S. M. ha tenido á bien suprimir la audiencia de Puerto-Príncipe (isla de Cuba.)

Tambien se ha suprimido el gobierno y comandancia general del departamento del centro, asi como la intendencia y contaduría de Hacienda de la provincia de Puerto-Príncipe.

Se ha dividido esa isla en dos solos departamentos, que se denominarán Occidental y Oriental, y cuyas capitales seguirán siendo la Habana y Santiago de Cuba.

Han sido suprimidos además los fueros del Bu-

reo y de Correo en los dominios de Ultramar, asi como los juzgados establecidos para los mismos.

REALES DECRETOS.

Conviniendo al mejor servicio público en las actuales circunstancias reunir en una sola mano la autoridad que ejercen los funcionarios superiores de mis dominios de Ultramar en los diversos ramos de la administracion pública, vengo en decretar que los gobernadores capitanes generales de la isla de Cuba, de la de Puerto Rico y de las Filipinas, D. Juan de la Pezuela, Marqués de la Pezuela: D. Fernando de Norzagaray, y D. Manuel Pavia, Marqués de Novaliches, desempeñen en comision los cargos de superintendentes delegados de la Real Hacienda en los distritos de sus respectivos mandos.

Dado en Palacio á veinte y uno de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El presidente del Consejo de ministros.—Luis José Sartorius.

En vista de lo que me ha espuesto mi ministro de Marina, de conformidad con el parecer de mi Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los capitanes generales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, D. Juan de la Pezuela, marqués de la Pezuela: D. Fernando de Norzagaray, y D. Manuel Pavia, Marqués de Novaliches, tendrán el mando superior de la marina destinada á aquellas islas, y ejercerán las atribuciones que á los Vireyes de Indias señalan las ordenanzas generales de la armada, sujetándose á lo dispuesto en la orden del Regente del reino de 13 de abril de 1844, y en la Real orden de 16 del mismo mes de 1850.

En los asuntos facultativos oirán precisamente el parecer del comandante general de Marina.

Art. 2.º Los subdelegados de Marina en las enunciadas islas que no ejercen jurisdiccion, cesarán en el goce del fuero del ramo.

Dado en Palacio á veinte y uno de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Fomento é interino de Marina.—Agustín Esteban Collantes.

Conformándome con lo que me ha propuesto el

ministro de la Guerra, y de acuerdo con el Consejo de ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Los capitanes generales de las islas de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas quedan declarados directores é inspectores natos de todas las armas é institutos militares existentes en los distritos de sus respectivos mandos, teniendo por lo tanto todas las facultades y atribuciones que las ordenanzas y reglamentos prescriben para los que desempeñan iguales cargos en la Península.

Art. 2.º En el ejercicio de las funciones gubernativas y administrativas que como á tales directores é inspectores les incumben, se entenderán directamente con el ministerio de la Guerra.

Art. 3.º El ministro de la Guerra queda encargado de la ejecucion del presente decreto.

Dado en Palacio á veinte de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de la Guerra.—Anselmo Blaser.

En atencion á las particulares circunstancias que concurren en D. Francisco de Cárdenas, subsecretario del ministerio de la Gobernacion, vengo en nombrarle director general de Ultramar.

Dado en Palacio á veinte y uno de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El presidente del Consejo de ministros.—Luis José Sartorius.

Con la misma fecha se han espedido dos Reales decretos, uno nombrando á D. Joaquin Roca de Togores administrador de rentas marítimas de la Habana, y otro regularizando en la isla de Cuba las sociedades anónimas, estableciendo las fórmulas con que deben constituirse.

S. M. la Reina ha tenido á bien declarar:

1.º Que las pensiones vitalicias en que los pensionistas no tienen mas que la accion personal contra el heredero, y la subsidiaria contra los bienes de la herencia, no pertenecen á la clase de cargas que deben rebajarse, con arreglo á la letra y verdadero espíritu de la ley vigente hipotecaria, para el efecto de exigir los derechos de hipotecas adeudados por las adquisiciones de fincas por título lucrativo.

2.º Que en el art. 4.º del Real decreto de 26

de noviembre último se quiso adoptar y se adoptó el término equitativo de que los derechos de hipotecas adeudados y correspondientes al capital de las pensiones no se paguen sino cuando cese la obligacion al pago de las mismas.

3.º Que han sido bien exigidos, y que deben exigirse, sin deducir ó rebajar los capitales de los vitalicios, los pagos de los derechos de hipotecas adeudados por todas las fincas adquiridas por título lucrativo, gravadas con dichas pensiones vitalicias y verificadas hasta el día 1.º de enero del año actual, en que principiaron á regir las reformas introducidas por el Real decreto de 26 de noviembre:

Y 4.º Que desde esta época en adelante es cuando debe aplicarse la disposicion equitativa del art. 4.º del mismo Real decreto, de que «luego que cese la obligacion al pago de las pensiones, se satisfagan los derechos que entonces se hallen establecidos y correspondan al capital de la pension que antes se rebajó.»

De Real orden lo comunico á V. I. para su inteligencia y efectos consiguientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid veinte y nueve de setiembre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Domench.—Señor director general de contribuciones directas y estadística.

Teniendo en consideracion los servicios y demás circunstancias que concurren en D. Antonio Riquelme, subsecretario del ministerio de Estado, vengo en nombrarle mi enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en Constantinopla con el sueldo asignado á este destino en el presupuesto.

Dado en Palacio á veinte y dos de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—Refrendado.—El ministro de Estado.—Angel Calderon de la Barca.

En atencion á los servicios y demás circunstancias de D. Antonio Caballero, Consejero Real ordinario, vengo en nombrarle subsecretario del ministerio de Estado.

Dado en Palacio á veinte y dos de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Estado.—Angel Calderon de la Barca.

En consideracion á los méritos, servicios y circunstancias que concurren en D. Antonio Perez Herrasti, director general de lo contencioso de Hacienda pública, vengo en nombrarle presidente de la Junta de reconocimiento y liquidacion de la deuda atrasada del Tesoro público.

Dado en Palacio á veinte y cinco de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Hacienda.—Jacinto Felix Domenech.

En consideracion á los méritos, servicios y circunstancias que concurren en D. Juan Navarro, director cesante de gobierno en el ministerio de la Gobernacion del Reino, vengo en nombrarle director general de lo contencioso de la Hacienda pública.

Dado en Palacio á veinte y cinco de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Hacienda.—Jacinto Félix Domenech.

Atendiendo al mérito, servicios y circunstancias de D. Nicolás de Melida y Lizana, subdirector primero de la direccion general de lo contencioso de la Hacienda pública, vengo en nombrarle director de la caja general de depósitos.

Dado en Palacio á veinte y cinco de octubre de mil ochocientos cincuenta y tres.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Hacienda.—Jacinto Félix Domenech.

Con fecha 21 del corriente han sido nombrados D. José Borrajo, presidente de la comision de Hacienda de España en Londres; D. Pablo Cifuentes, director general del Tesoro público, y D. Augusto Amblar, director general de contribuciones.

NOTICIAS DE MADRID.

Al director de Correos. Solo cuatro números llevamos publicados de nuestro periódico, y ya son infinitas las reclamaciones que nos han hecho varios suscritores de provincia, unos porque no

llega á sus manos *El Blason*, y otros porque lo reciben con retraso de dias.

Tambien nos atreveriamos á asegurar que la administracion de Madrid no tiene la culpa de esto, y si las subalternas de provincia, pero esto toca averiguarlo y aplicarle el oportuno remedio al director general del ramo.

Accion de un Noble. Estos dias atrás andaba por las calles de Madrid un niño sordo-mudo implorando la caridad pública. Antes de anoche se presentó en el café de la Nueva Iberia, se llegó á una mesa y entregó á un individuo de nuestra aristocracia un papel en el cual estaban escritos los siguientes versos:

«Soy huérfano, mudo y pobre,
si os compadece mi estado
dad, señor, á un desdichado
una moneda de cobre.»

Leidos que fueron por el citado caballero, llamó á un lacayo que esperaba fuera del café al pie de una elegante carretela, y le ordenó que llevase á aquel niño á su casa, y que interin él no determinaba otra cosa, le diesen de comer.

Sabemos que el niño en cuestion ha sido paternalmente recogido, y que hará su suerte en la casa donde se halla.

Nos está prohibido publicar el nombre de quien abraza un corazon tan bondadoso y noble; pero no podemos resistir al deseo de relatar un hecho tan honroso.

NOTICIAS DE PROVINCIAS.

Restablecimiento. S. A. R. la Sra. Duquesa de Montpensier se halla completamente restablecida de la indisposicion que estaba sufriendo.

Llegada. Leemos en un periódico de Sevilla: «Segun las noticias mas positivas que se tienen del viaje de S. M. la virtuosa reina Amalia, debe haber llegado á Niza el 15 del corriente, y tenemos motivos para creer que el 22 habrá salido de dicho puerto para el de Cádiz el vapor de guerra español, de 18 cañones, D. Francisco de Asís,

conduciendo á S. M. con sus augustos hijos los principes de Joinville y la comitiva que los acompaña. En este viaje se retardarán algunos dias en razon á las escalas que han de hacerse en algunos de los puertos del mediterráneo, razon porque su llegada á Cádiz será en los últimos dias del presente mes.»

Posteriormente escriben de Niza.

«El domingo 16 entró en el puerto de Villafraanca el vapor *D. Francisco de Asís*, que debe conducir á España á la Reina María Amalia de Orleans.

Anteayer 17 salieron de esta ciudad para Turin el señor brigadier Pinzon y el señor Cagigas, contador de la casa del Sr. Duque de Montpensier, y es probable que se hayan encontrado en el camino con la Reina á quien iban á buscar.

El general Conde de Montesquieu ha llegado á esta con el objeto de tomar habitaciones para S. M., sus augustos hijos y comitiva, de donde debe inferirse que no tardan mucho en llegar.»

NOTICIAS ESTRANGERAS.

La Emperatriz Eugenia. Todos los dias vienen los periódicos franceses elogiando algun nuevo rasgo, hijo del magnánimo corazon de la muy noble Emperatriz de los franceses.

He aquí como se expresa *el Moniteur de l'Oise*:

«Acaba de tener lugar un hecho que demuestra bien claramente la presencia de la Emperatriz Eugenia en Compiègne. Existe en las avenidas de este bosque un jóven, hijo del pais, que tiene á su padre paralítico, y al que pasea en un carrito con un amor filial que admira á todo el mundo. El dia 14 despues de medio dia, y en el momento en que la Emperatriz salia del bosque en su coche, con direccion al *Palais-Royal*, vió al jóven que iba tirando del vehículo. Al instante se bajó de su carruaje la noble española, se acercó al referido jóven, y despues de enterarse de los padecimientos que afligian á su anciano padre, le alargó dos monedas de oro. El jóven reusó tomarlas al principio, alegando que habia otras familias mas pobres que la suya en el departamento. La bondadosa Emperatriz volvió á instarle para que las tomase, lo que hizo el jóven diciéndola.—Señora, no debo rechazar una limosna que puede

emplearse en aliviar la miseria de mis semejantes. La acepto, y la repartiré entre los mas necesitados de este pais.»

El cura de Crisolles (canton de Guiscard) escribe al mismo periódico:

«Permitirme usar de vuestro diario para publicar un acto de bondad de la Emperatriz. S. M. I., cuya solicitud por los infortunados es constante, se ha dignado responder á mi súplica en favor de una familia numerosa y desgraciada de mi parroquia, mandándome 700 francos, para salvar su casa que iba á ser vendida y para proveer á sus necesidades mas imperiosas. Además se ha interesado mucho por la salud del padre de esta familia, y me encarga lo cuide con esmero, quedando en la obligacion de abonarme todos los gastos que puedan ocurrir.»

Otro periódico refiere que un español refugiado en Beacivais, viéndose en un estado horrible á consecuencia de hallarse su mujer gravemente enferma, se dirigió á la Emperatriz á fin de obtener un socorro. Este no se hizo esperar, llegando juntamente con palabras llenas de bondad y consolacion.

REVISTA DE TEATROS.

Real. Cinco representaciones se han dado de *Rigoletto*, y cinco noches han tenido el teatro lleno. A esta ópera ha seguido *Lucrecia*, que continuará alternando con *Rigoletto* hasta que pongan en escena *Roberto el Diablo*, que será en breve.

Principe. Mientras concluyen de ensayar *El Duro y el Millon* y otras producciones nuevas están representando á *Adriana*.

Lope de Vega. Siguen con el *Oro y el Oropel*, y una pieza nueva titulada: *Ahogarse á la orilla*.

Circo. Continúan ensayando *La Cisterna Encantada*, que deberán poner en escena á la mayor brevedad.

Francais. Siguen poniendo en escena *vaudevilles*, que gustan y que ejecutan bien.

Cruz. Ha resucitado un cadáver que se tituló *Los Jueces Francos*. En este teatro han representado una pieza original, del Sr. Palacios y Toro, que ha gustado mucho.

Variedades. Se estrenaron con las *Tres Noblezas*, comedia original. En la actualidad no sabemos que ensayan, pero nos consta, que su repertorio asciende á un número infinito de traducciones y comedias originales.

SECCION DE POESIA.

LA CITA.

(Continuacion.)

DUEÑA.

Su pecho no reconoce
mas dueño que vos.

D. JUAN.

Me agrada.

La mejor hora?

DUEÑA.

A las doce.

D. JUAN.

En donde?

DUEÑA.

Cerca de aquí.

Cuando á la espalda llegueis
del alcázar, iré allí,
y en un jardín entrareis,

do á la luz de las estrellas
está, los ojos inmóviles,
la mas bella entre las bellas,
la mas noble entre las nobles,

aguardando con anhelo
vuestra llegada.

D. JUAN.

Esperad.

DUEÑA.

Qué quereis?

D. JUAN.

Por el consuelo
que me habeis dado, tomad.

DUEÑA.

Yo no recibo dinero.

D. JUAN.

Es desaire?...

DUEÑA.

No, por Dios.
No hagais falta, caballero.

D. JUAN.

El cielo os guarde.

DUEÑA.

Y á vos.

Y la cerviz inclinara,
recogiera el manto sendo,
y al salir por los umbrales
dijo para sus adentros:

«Pobres hombres! vuestro brio,
vuestros ímpetus soberbios
ante la hermosura son
lo que el humo es ante el viento.

«Y, qué fuera de vosotras,
jóvenes de rostro bello,
si os faltaran los auxilios
de las que envidia os tenemos?

«Fueran vanas ilusiones
de vuestro afán alimento,
y en deseos se quedaran
vuestros ardientes deseos.»

Esto la dueña rezaba
las escalas descendiendo,
y don Juan llamó á su paje,
confidente y consejero.

(Continuará.)

LA CORTE Y EL CASTILLO.

(Continuacion.)

De todo esto resulta que si vuestro padre muriese antes de ser nosotros indultados y no temeis seguir nuestra suerte, me hallareis en el castillo de Monteagudo, situado á una legua de esta ciudad; llegaos á él, subid por el sendero que llaman de las tres cruces y al extremo hallareis una cabaña; entrad en ella, un pastor jóven os preguntará que quereis, dad vuestro nombre y sereis conducido á los subterráneos del castillo donde me hallareis; no intenteis buscarme de otro modo porque seria inútil. La entrada de esas bóvedas es un secreto que solo viéndolo se puede conocer. Si por acaso nos indultasen antes, esperadme aquí. Ahora dadme esa mano y hasta nuestra vista. No olvidaos del médico y de sus recetas, y vos cuidaos mucho, valiente jóven; quien sabe lo que llegareis á ser.

Alberto despidió á sus huéspedes enternecido con el relato de su protector y con todo el estremor de un corazón agradecido. Las puertas de palacio se abrieron y salieron los peregrinos, no sin abrazar antes el capitán Navarro á su protegido, y no sin que este bañase con sus lágrimas las manos de aquel valiente militar.

Volvieron á cerrarse las puertas del palacio, Alberto abrazó á su padre y en seguida se retiró á descansar; pronto el sueño ahogó los efectos de las diferentes sensaciones que el pobre niño había experimentado aquella noche. En ella probó por primera vez de su vida de lo que era capaz, de lo que valia y de lo que llegaría á ser; en ella sintió también por primera vez alegría, y en ella derramó, por primera vez la sangre de un ser humano.

Alberto se durmió, pero á las dos horas ya estaba vestido, su criado iba en busca del mejor médico de la ciudad, y las despensas del palacio provistas de alimentos y de útiles necesarios para el sustento de la vida. Desde aquel día de todo le sobró á su anciano padre, menos salud.

III.

Salieron los dos peregrinos del palacio cuando el día empezaba á nacer en Oriente. La atmósfera estaba ya completamente despejada, el huracán

había ahogado sus impetuosos embates, y á una noche oscura y tempestuosa, había reemplazado una madrugada fresca, pero clara y serena.

Con toda la apariencia de dos pecadores arrepentidos, marchaban el capitán Navarro y su compañero; paso lento, la cabeza inclinada sobre el pecho y recatados los rostros por dos largas y espesas barbas, era imposible conocer en aquellos peregrinos á dos valientes guerreros, llenos de cicatrices honrosas y cubiertos interiormente de dos cotas de mallá. Dos capotes que desde los hombros se arrastraban hasta el suelo, abiertos por delante, cubiertos de conchas y sujetos con cordeles, escondían dos hermosas espadas toledanas y dos preciosas dagas fabricadas también en Toledo. Nuestros valientes comuneros se conoce que caso de ser descubiertos no pensaban dejarse matar como dos villanos, sin defensa de ninguna especie y solo mendigando compasión. Tapados hasta las cejas por dos sombreros forrados de hule negro y calzados sus pies con sandalias, salieron en la actitud que acabamos de decir por la puerta de Orihuela, situada en la parte de la ciudad de Murcia que mira á Oriente. Poco después de dejar atrás la referida puerta y cuando tomaban el camino de la izquierda, que conduce al castillo de Monteagudo, divisaron tres arrieros que iban en dirección contraria; al llegar frente á los peregrinos los tres se echaron el sombrero adelante con el mayor disimulo, lo que visto por el capitán se dirigió á ellos en actitud de pedir una limosna y en tono muy bajo, y después de un pequeño reconocimiento les preguntó. —¿Dónde vais?

—Por provisiones, señor, contestó uno de ellos, echando á la vez mano al cinto y buscando una moneda.

—Está bien, replicó el capitán, no os olvideis de la pólvora, comprad toda la que os vendan sin infundir sospechas y sed todo lo prudentes posible. Al acabar esta frase el capitán alargó la mano y el arriero le echó una moneda. Los peregrinos continuaron su camino y los arrieros también. Nadie sin embargo, por atención que hubiese puesto en la escena anterior, hubiera podido comprender otra cosa que una limosna implorada por el uno y concedida por el otro. Tal fué el disimulo de ambos, el cuidado con que hablaron y la actitud de los dos en representar á cual mejor su respectivo papel. Pronto los dos comuneros dejaron el camino que conduce al castillo, y aunque en la

misma direccion, inclinándose un poco á la derecha, se perdieron entre aquella vega que unos llaman paraíso, otros edén y nosotros que la conocemos tanto como el que mas, el primer jardín del mundo.

Aunque andaban algo mas ligeros, no dejaron su actitud al abandonar el camino y al internarse en la vega: poblada toda esta de chozas, barracas y casas, se hallaban á cada paso espuestos á las curiosas miradas de los infinitos trabajadores que pululan en ella. Siempre inclinadas las frentes, siempre humildes, siempre en fin peregrinos, llegaron el capitán y su mudo compañero á la falda del monte-castillo de Monteagudo sin infundir en aquellos honrados habitantes la menor sospecha. Febo empezaba á estender sus luminosos rayos por el ancho horizonte, los viajeros empezaron á subir al castillo inclinándose hácia el norte, y á los diez minutos de trepar por entre escabrosas breñas; llegaron á la puerta de una cabaña, situada á la espalda del castillo y formada con gruesas peñas unidas al mismo. Tenia una sola puerta de madera; llamó el capitán, le contestaron, dió su nombre y la puerta giró sobre sus goznes dejando ver el interior de una bóveda oscura y sombría, alumbrada por un farolito fijo en una de las paredes. El capitán y su compañero entraron y la puerta volvió á cerrarse.

Antes de pasar adelante es necesario que nuestros lectores conozcan interior y esteriormente el castillo de Monteagudo.

Este gigante de piedra, llamado castillo, es una mole inmensa, de una anchura disforme y de una elevación casi fabulosa. La descripción de esta fortaleza huye de la novela y se eleva sobre la exageración. La fundación de este colosal edificio se ignora; puede ser fenicia, cartaginense ó romana; es muy antiguo y esa es la razón porque se desconocen sus autores. Mas que castillo es un monte en forma piramidal; su base tendrá un grueso de dos mil varas; su cúspide apenas tendrá un ancho de tres y su inmensa altura pasará de las dos mil.

Este castillo fué habitado por romanos, después por godos, posteriormente por árabes y en su última conquista por cristianos fué abandonado á la impericia del tiempo. En la época en que pasa nuestra novela se ven todavía en el exterior murallas romanas, anchos muros y gruesos paredones árabes, todos formando en crucijadas y fuertes casi inespugnables. No se le conoce puerta nin-

guna y hasta se ignora por donde tuvo sus entradas y salidas. En la falda de este monte-castillo, y en la parte que dá al mediodía, existió una ciudad romana que llevó el nombre del castillo, en la época que pasa nuestra novela solo hay diez ó doce casas ruinosas, y en la actualidad un pueblecito de doscientos vecinos próximamente. Está rodeado de la hermosa vega mencionada y desde su cúspide presenta un panorama ideal.

Pasemos ahora al interior, desconocido de casi todos y habitado en este momento por un puñado de valientes.

La cabaña donde entraron el capitán Navarro y su compañero estaba formada de una masa tan fuerte como la roca, y cuya única puerta estaba interiormente llena de barras de hierro puestas por los comuneros, únicos seres que entraban y salían por ella. Después que entraron los dos peregrinos y la puerta se cerró, se dirigió el capitán al único habitante de aquella oscura morada, y le preguntó.—Pedro, ¿ha ocurrido alguna novedad en el tiempo que he faltado del castillo?

El interpelado estaba en pie delante de los peregrinos, con el sombrero en la mano: su traje era el de un villano de las cercanías de Murcia y su actitud en este instante la de un soldado.

—Nada, mi capitán, contestó.

—Enciende la linterna y despeja la entrada interior.

Obedeció Pedro, encendió una linterna, que tenia escondida en un pequeño agujero tapado con una piedra, y los tres, después de atravesar la cabaña, entraron en una galería estrecha y tortuosa; á la mitad de ella se detuvo Pedro, que iba delante, dejó la luz en el suelo, sacó dos gruesas barras de hierro que tenia escondidas también en otro agujero de aquella galería, dió una al peregrino que acompañaba al capitán y ambos las fijaron en el suelo, y haciendo un esfuerzo casi prodigioso levantaron un grueso peñasco, cuyo hueco dejó ver una trampa estrecha, pero por la que podía entrar un ejército formado de dos en fondo.

Unia también la piedra con el hueco que dejaba, que después de cerrado, era imposible figurarse que allí existiese tal secreto.

(Se continuará.)

IMPRESA DE EL BLASON,
á cargo de J. RENÉ, Travesía de la Parada, núm. 8.